

Monterrey, a 12 de agosto de 1963.

SR. ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO.
México, D.F.

Muy estimado amigo:

Le escribo para agradecerle su amable envío de la página de la revista "Mañana" donde aparece un alentador comentario acerca de mis cuentos.

Su fineza me ha llegado más hondo de lo que usted podría suponer, y como buena nortea, si no se lo digo, me ahogo. No vaya a pensar que exagero mi sentir por halagarlo, lo que sucede es que siempre he sido una enamorada de las cosas pequeñas, de los detalles que para la mayoría resultan insignificantes. Tal vez esto se deba a mi propia insignificancia, o no sé, pero el caso es que desde ayer, Antonio Acevedo Escobedo tiene una amiga en Monterrey. Si se lo encuentra y habla con él, no deje de decírselo, ¿eh?

Ayer estaba muy triste porque no pude obtener la beca que por segunda vez solicité al Centro Mexicano de Escritores. Las innmerecidas felicitaciones que recibí por mi libro se me subieron a la cabeza y creí que por mi sin igual "talento" no vacilarían esos señores en darme la codiciada beca. Pero como eso no podía ocurrir, me fue duro el despertar. Por unos momentos llegué a sentirme desanimada e impotente para vencer mis dificultades y seguir escribiendo. Afortunadamente llegó el cartero y con él su envío, y aunque no lo crea, cesó mi abatimiento. El hecho de saber que en esos momentos alguien tenía fe en el porvenir de mi carrera, me devolvió los bríos. Enseguida volví a ser la mujer terca y optimista de todos los días. Quería escribir sin problemas, olvidando que sin ellos ¿de qué podría escribir?, o ¿a quién podría comprender?.

Quise hacerle esta aburrida confidencia para que calculara lo oportuno que fue. Pero no debo cansarlo más, no quiero que vaya a confundirme con Nicanor el de mis "cabras mancas" (mucho tiene de mí el pobrecito)

Por separado le estoy enviando otro ejemplar de mi libro porque en el anterior equivoqué el orden de sus apellidos, y aunque usted tuvo la fineza de no decirme nada, lo noté al recibir su carta. Perdóneme mi descuido. No volverá a ocurrir.

Si en alguna ocasión puedo servirle, no se olvide de mí. Es justo que me dé oportunidad de corresponder a sus finezas, ¿no cree? - Ah! y cuando le sobre un poquito de tiempo, escíbame y dígame su opinión acerca de mis cuentos. Usted tiene gran experiencia y conocimientos, y me haría muchísimo bien saber dónde me falla más. No tema ofenderme, me gusta saber la verdad.

Me despido, por fin, enviándole un cordialísimo saludo y mi hondos deseos por su felicidad.

Irma Sepulveda
IRMA SABINA SEPULVEDA